

Para salir en los sellos

Por Enrique de Hériz

El Periódico | 2010

Si a uno le diera por preguntar a un grupo de lectores australianos quién sería su candidato nacional al Nobel, el nombre más presente sería el de David Malouf (Brisbane, 1943), con una unanimidad que sólo Peter Carey podría en justicia amenazar. Tiene todos los premios posibles. Coetzee le hace reverencias en público. Caramba, hasta tiene su cara impresa en una serie de sellos.

Si a continuación, con la clásica excusa de la falta de tiempo, uno pidiera ayuda para escoger un solo libro suyo, se produciría una breve discusión genérica, pues Malouf es muy valorado como poeta (especialmente por el poemario *Typewriter Music*) y merecidamente reconocido como gran autor de cuentos. En 2007, la muy esperada recopilación de su narrativa breve supuso un acontecimiento editorial en Australia. Sin embargo, signo de los tiempos, es más conocido como novelista. Y ahí nuestros amigos australianos se pondrían de acuerdo enseguida: *El gran mundo* es la novela. Al publicarla, Libros del Asteroide salda una vergonzosa deuda pendiente (no sólo con Malouf, sino con la aquí casi ignorada literatura australiana). Lo hace, además, con un esmero digno de mención: el texto está muy bien traducido y editado. Esto último es siempre importante, pero cabe que lo sea aún más en este caso porque la calidad del lenguaje escogido por Malouf, su sutileza y elegancia, su engañosa sencillez y su muy meritoria naturalidad añaden un enorme valor a esta historia.

El lector que, desconfiando de la recomendación, acudiera a la mera sinopsis del argumento podría equivocarse y arrugar la nariz: dos hombres mantienen una extraña amistad a lo largo de tres cuartas partes del siglo XX; se conocieron como prisioneros de un campo japonés en la segunda guerra mundial; sus orígenes son igualmente míseros; uno, pensativo y desconfiado, lleva una existencia tranquila y anodina en una aldea cercana a Sidney; el otro, excéntrico y fantasioso, es uno de los principales (y más truculentos) empresarios del país. ¿Parece convencional? Es mucho más que eso: clásico. Y no solo por las grandes virtudes de lenguaje ya mencionadas, sino también porque Malouf sale victorioso de una de las paradojas de la novela: narra con humildad, necesitado de urdir una red de palabras con exactitud total para expresar al máximo su historia; y sin embargo es ambicioso y no rehuye ninguno de los grandes temas que la novela delinea: la verdadera naturaleza de la amistad, la esencia mínima de la dignidad humana, la inexplicable manera en que todo lo que hacemos por huir de nosotros mismos nos convierte en quienes somos.

UN CONSAGRADO. Todos esos logros valen y hasta sobran para construir una buena novela. Pero para convertirse en clásico en vida, para, en fin, asomar su cara en los sellos, Malouf ha añadido un mérito mayor y más escaso, reservado a los pocos grandes de verdad: la capacidad de detener el tiempo. Las palabras de *El gran mundo* trazan, más que líneas temporales, auténticos raíles por los que todos los instantes que conforman las vidas de estos personajes se

van poniendo en fila, se explican, se atropellan, se proyectan en planos temporales distintos, llegan incluso a descarrilar y se recuperan milagrosamente. Como en la vida.